

Séneca

De la cólera

Introducción, traducción y notas
de Enrique Otón Sobrino



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1986
Tercera edición: 2017

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1986, 2017
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-807-7
Depósito legal: M.12.643-2017
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 11 Introducción, por Enrique Otón Sobrino
- 37 Cuadro cronológico

De la cólera

- 41 Libro primero
- 80 Libro segundo
- 130 Libro tercero

*A Don Sebastián Mariner Bigorra
con todo mi agradecimiento*

Introducción

¿Es posible que, bajo tan bello dosel, vivan seres llenos de cólera y de veleidad?

Dostoyevski, *Las noches blancas*.
«Primera noche».

1. Vida y obra

Nosotros, hijos del positivismo histórico, podemos sorprendernos de la ausencia de seguridad en los datos cronológicos que suele presidir la biografía de los autores antiguos. Séneca no constituye una excepción. A mitad de camino del convencionalismo literario en virtud del cual la persona del autor no debe ser materia de la propia obra escrita, a lo más alguna vaga referencia puede permitirse, y de la finalidad ejemplar que se propone la historia antigua, la cual de acuerdo con esta intención selecciona, ordena y ensambla los datos, el investigador moderno, con otras perspectivas y otras urgencias, otros intereses y otros cánones, ha de echar mano de la conjetura, y mediante el uso de los logros de la disciplina filológica (en el más amplio sentido del término), acercarse lo más posible a la realidad que fue, tal y como la sensi-

bilidad contemporánea le exige. Por ello, el estudioso sabe de la precariedad de su propio logro, que alguna ulterior corrección, algún hallazgo posterior pueden modificar. Es verdad, no obstante, que no todo es obscuridad e incertidumbre. Aquí y allá, entreverado en la obra del autor, aflora algún rasgo personal, si bien no siempre sea tan nítido como en la Elegía, y el historiador de otros tiempos ha sido más fiel al dato fehaciente de lo que estaríamos dispuestos a conceder: sólo que, por así decirlo, lo ha hecho vibrar en un tono distinto del nuestro.

Desde esta precariedad se comprenden bien las vacilaciones e inseguridades respecto de fechas, que fueron cruciales en la vida del autor antiguo, en la ordenación cronológica del «corpus» escrito, cosas todas ellas familiares al estudioso, quien a falta de algo mejor pone su esfuerzo en la búsqueda del *terminus ante quem* y del *terminus post quem*, que, al menos, permiten fijar unos datos en un ámbito de tiempo, sin exactitud, en muchos casos, implacable, pero con un cierto grado de probabilidad. Y gracias a esto puede presentar lo esencial de una vida y una obra con cierto orden verosímil.

De Séneca se sabe que nace en el seno de una familia ecuestre en Hispania, concretamente en Córdoba. Los autores vacilan en la fecha¹. Su padre es Séneca, llamado el Retor, individuo que ha pasado por su producción de *Controversiae* y *Suasoriae* a la historia de la Literatura Latina. De su madre sabemos también el nombre, Helvia, y ella será, andando el tiempo, destinataria de una obra de su hijo². También ha quedado bien sentado que va a Roma cuando pequeño. De joven marcha a Egipto junto con su tía, casada con el prefecto G. Galerio, des-

tinado en aquella zona africana. El motivo de este viaje ha de hallarse en el temor del padre a una condena de su hijo por parte de la autoridad a causa de las prácticas de corte pitagórico (abstención de carnes) que podían hacerlo sospechoso en un momento en que dichas prácticas están perseguidas.

Para entonces Séneca ha recibido la instrucción usual. Conoce la Gramática y la Retórica y en Filosofía ha recibido las enseñanzas del pitagórico Soción, de Fabiano (de la influyente escuela de los Sextios) y Atalo³. De regreso a Roma, empieza su carrera pública por el cargo de cuestor, como era de rigor. En este momento Calígula es quien se sienta en el trono, y una discrepancia en torno a la oratoria enfrenta al emperador con Séneca. Quiere Dión Casio⁴ que haya existido incluso una conminación al suicidio⁵. Durante este período fallece su padre y él pierde a su hijo. Las calamidades no paran aquí: en aplicación de la *Lex Julia de adulteriis* Séneca es confinado en la isla de Córcega, bajo la acusación, probablemente amañada por intereses políticos y calumniosa, de haber cometido adulterio con la hija de Germánico, Julia Livilla. Ocho años dura la amarga experiencia del destierro, al que pone fin Agripina, quien lo llama a Roma encargándole la educación de Nerón, que habrá de empuñar el cetro imperial a la muerte de Claudio. Séneca, tras los monstruosos acontecimientos que culminan con el asesinato de la propia Agripina, busca retirarse del trajín de la corte. Nerón le exigirá darse muerte cuando lo supone implicado en la conjuración de Pisón. En abril del año 65 Séneca muere, poniendo en práctica el suicidio ético de los estoicos, tras larga agonía.

Tácito y Dión Casio⁶ nos han dejado en latín y griego el relato de este hecho. Es de justicia señalar que aquél refiere sin reticencia ninguna el suceso, lo que da prueba de la ejemplaridad del filósofo en su circunstancia posterior, dada la escasa simpatía que Tácito demuestra respecto de las personas que se suicidan.

De lo dicho hasta ahora se desprende que la vida de Séneca ha estado marcada por la impronta de una curiosidad, influida, de manera notable, según nosotros podemos comprobar en los escritos que nos han llegado, por una determinada orientación filosófica, por un cierto protagonismo político y por el dolor. Por todas estas vertientes ha sido juzgado con diversa fortuna, pero un hombre grande lo es por lo humano que de él emerge en medio de las sombras y de las luces, de sus logros y de sus deficiencias, de sus congruencias y de sus contradicciones. Es verdad que nadie puede ocultar los puntos oscuros de la biografía, las deficiencias de sus actitudes, la crueldad innecesaria en algunos momentos de su biografía, pero también resulta cierto que todos, precisamente por ser ciudadanos de nuestras contradicciones, porque comulgamos en nuestra contemporaneidad idénticas o parecidas penumbras, podemos y debemos aprender de su sabiduría. En alguna ocasión él mismo se defendió, afirmando que en sus escritos expresaba no lo que era, sino lo que debía ser. Y, en última instancia, ¿no se comportaba aquí como un estoíco de ley, consciente de lo imposible de una doctrina que tiene como modelo, lejano e inalcanzable, a Hércules?⁷.

Mas volviendo a los desnudos datos de la cronología, hay que decir que sí se pueden insertar algunos aconteci-

mientos de la vida de Séneca con cierta precisión entre las fechas límites de su nacimiento y de su muerte. Sabemos, por ejemplo, la cronología de los emperadores: Tiberio gobierna del 14 al 37 ya de nuestra era, Calígula va del 37 al 41 y Claudio del 41 al 54, año en que empieza su mandato Nerón, siendo el 69, cuatro años después de la muerte de su maestro y víctima, el último de su vida. De otra parte, la fecha de la iniciación de su carrera política es la del 31. Por tanto, contamos con datos cronológicos de cierto crédito a la hora de ordenar vida y obra.

La obra escrita del filósofo es amplia e interesa distintos campos del saber y de la literatura. Los textos llegados hasta nosotros no constituyen toda su producción, pues parte se ha perdido y el conocimiento que de ella tenemos es dolorosamente escaso. De la que ha vencido el paso del tiempo, destaca el conjunto de su obra filosófica, tanto de los denominados *Dialogi*, como de las *Consolationes*, a lo largo de los cuales el autor va madurando su peculiar filosofía, reelaborando el material estoico de acuerdo con la realidad circundante y su propia experiencia personal, en la que Séneca halla tantas veces el hontanar de su disquisición. Culmina su proceso en la larga colección epistolar dirigida a Lucilio, en la que puede comprobarse el equilibrio alcanzado por el pensador, que tiende a una síntesis de doctrinas mediante la cual la filosofía estoica rebasa el ámbito de una escuela para convertirse en una experiencia humana, dicho esto en todo su alcance. Esta vertiente filosófica se completa con la producción dramática, ilustración plástica de sus ideas filosóficas, al margen de la cuestión de su posible representación en el teatro convencional⁸. Pero su curio-

sidad ha alcanzado también al saber que nosotros hoy denominaríamos científico, con cierta cautela. La investigación acerca de la Naturaleza queda reflejada en *Quaestiones Naturales*. Finalmente hay que reseñar la *Apocolocyntosis*, una dura crítica política que no rehúye la sátira panfletaria. En esta introducción sólo hemos hecho alusión a lo que nos ha parecido más imprescindible a la hora de una rápida aproximación al autor. Afortunadamente el lector cuenta con muchas obras en torno al filósofo de Córdoba donde puede encontrar abundante y documentada información. En esta línea y en aras de la urgencia cerramos este apartado dando con toda prudencia un breve cuadro cronológico de la producción literaria⁹: 37-41, *Consolatio ad Marciam*; 41, *De ira*; 42-43, *Consolatio ad Helviam matrem* y *Consolatio ad Polybium*; 44, el tercer libro de *De ira*; 49-54, *De constantia sapientis*; 54-59, *De tranquillitate animi*; 55-56, *De clementia*; 58-59, *De vita beata*; 58-64, *De beneficiis*; 60-61, *De otio*; 62, *De brevitae vitae*; 62-63, *Quaestiones Naturales*; 62-64, *De providentia*. La producción dramática de Séneca se fija en el período de la educación de Nerón y al final de la vida del filósofo. Por razones obvias, la *Apocolocyntosis* tras la desaparición de Claudio. El epistolario data de los últimos años.

2. Breve panorámica de la filosofía

En líneas generales, los escritores filosóficos de Roma no fueron tan dados a la especulación y a la teoría como sus maestros griegos, de los cuales, es evidente, dependían,

al igual que hoy nosotros. Y es éste el rasgo que va a marcar indeleblemente la posterior investigación, dando al pensar romano un perfil hasta cierto punto singular que se propaga en el tiempo sucesivo, como se echa de ver cuando se contrasta la Patrística griega con la latina, reavivando ésta lo más propio del pensar romano, cuya esencia particular quizás estemos nosotros en mejor disposición de captar que otras generaciones.

Efectivamente, hay en los romanos una preocupación por lo cercano y lo inmediato, por la pauta humana y humanizadora que se libra no tanto en las altas esferas de la sublime especulación, sino en la proximidad de las situaciones cotidianas. Y este sentir se hace acendrado en la época de Séneca. Platonismo y aristotelismo dejaban de apasionar, a causa de la menor talla de los discípulos, pero también porque los motivos angustiosos que han originado (y por ello son originales) las preguntas de los mejores escritores romanos han encontrado acogida y respuesta en otros ambientes. Un cansancio de la racionalidad y la comprobación meridiana de la insuficiencia de tal conocimiento es algo palpable en este largo período de la vida de la Antigüedad. De otra parte, un platonismo exagerado podría llevar a la extravagancia, como de hecho aconteció, y la corriente peripatética corría el riesgo de quedar atrapada en su excesivo puntillismo, presa de su mismo rigor. Y en ambos casos una formalización del pensamiento que sólo debía ajustarse a la fal-silla, cuando no a un olvido del progreso del conocimiento que alejaba el interés teñido de cierto latido «existencial» del escritor latino. De este agotamiento de las grandes escuelas no eran culpables ni Platón ni Aris-

tóteles, sino los remedos sin vida y hasta cierto punto el exceso de ortodoxia.

Para ilustrar lo que se ha dicho en el párrafo anterior es bueno llamar la atención hacia el esfuerzo de Séneca en este mismo tratado *De ira* por desligarse del excesivo afán de precisión en la definición y caracteriología de la pasión estudiada. Basta que el lector compare la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles con la relativa parquedad de este escrito para valorar en su justa medida el ensayo del autor latino. De ahí la necesidad sentida por Séneca de encarnar la discusión en el modelo de actuación de algún personaje conocido. Desde luego el éxito no acompaña siempre, y si bien rehúye la discusión pormenorizada de extremos y puntos intermedios, hay aspectos en los que se deja enredar por la marcha misma de la exposición.

Sentado queda que nuevas perspectivas, nuevos interrogantes que asaltan al hombre de cada época, pueden poner en entredicho las soluciones del pensamiento del tiempo precedente, soluciones que fueron válidas en su tiempo propio, que cobraron verosimilitud al ser dictadas y formuladas en un horizonte hermenéutico y entonces también real. Pero que en la nueva situación, descubriendo lo efímero de toda tarea humana, revelan carecer de aquella universalidad y atemporalidad que se les supuso. Esto se pone en evidencia en la época en el aflorar de las corrientes místicas que desean romper, sin el equilibrio que es de desear, con los datos que les preceden, cronológicamente hablando.

El estoicismo parece querer ocupar una posición intermedia en su formulación romana, y más concretamente la senequiana: no desea una sistematización que acaba

disolviéndose en una logomaquia, tampoco un misticismo desbarrado que culmina en un hermetismo. Hay una cautela, pues, frente a la excesiva teorización, pero también frente a la tentación de cualquier iluminismo. De ahí su apuesta por la moral y, por ende, su aproximación, se quiera o no, a la escuela epicúrea, de la que es buen testimonio la colección de *Cartas a Lucilio*. Pese a las diferencias innegables¹⁰, el puente se tiende en la cuestión que podríamos denominar del «hombre moral».

El epicureísmo había tenido su portavoz más destacado en las letras latinas en Lucrecio, quien había mantenido durísimas polémicas con las otras escuelas, el estoicismo incluido¹¹, y había apostado decididamente por la ortodoxia propinada por el maestro. Pero al lado de esta decisión, Lucrecio ve crecer a lo largo de su *De rerum Natura* un cierto rasgo de insuficiencia de la doctrina creída ante la realidad insoslayable, al comprobar el fracaso del «cuadrifármaco»¹² cuando éste quiere aplicarse en la circunstancia exacta e insoslayable del individuo concreto, cuyo dolor llega hasta los oídos del filósofo que se encuentra impotente. Lejos de la anhelada comprobación, sólo queda el hombre doliente que parece situar en primer plano el aspecto menos tranquilizador de la existencia y que pone en cuarentena la propia «ataraxia», imposible de encarnar ya que el *horror* sobrepuja la *voluptas*, precisamente en este momento crítico encaminado a la disgregación de la actual combinación, sin presencia ninguna de Providencia. Así, de la tramoya epicúrea únicamente queda el arrojado de quien afronta su instante, sin la esperanza como evasión, permaneciendo fiel, pese a las evidencias, al principio moral. De ahí que

sea este rasgo de la escuela el que pervive cuando ya los presupuestos de la doctrina están desmentidos por el propio conocimiento astronómico.

El estoico romano, desde otros cuarteles, va a sintonizar con su rival en este punto decisivo y cordial a un tiempo: el hombre, en medio de los avatares, debe alcanzar la «apatía». Todo individuo puede ser superior a su circunstancia. Los epicúreos creían sinceramente que la «ataraxia» llegaría por la aplicación mecánica del «cuadrifármaco». El estoico no era, en primera instancia, tan optimista: su modelo heroico, Hércules, hablaba ya de la desmedida y de la dificultad de su logro; el logro ético quedaba siempre como algo posible, pero un poco más allá de las fuerzas del individuo. Existía, por tanto, un lazo cordial que podía unir a ambas escuelas. Las dos, gracias a su ideal ético, obligaban a la alta especulación a tomar tierra. A decir verdad, poco o nada tienen que ver con el hombre las ideas enclaustradas en algún punto de la esfera celeste o la taxonomía oscura por precisa, si últimamente no se refieren a la inquietud humana del hombre, que en definitiva es quien las piensa, las inaugura y en cierta medida las autoriza. Dicho de otra forma, el hombre está en el origen de su propio pensar y de ninguna manera puede ser la víctima de su más noble tarea. Con esto también queremos decir que si bien la filosofía romana (si es que se puede hablar así) no alcanzará el alto nivel de la griega, nadie tampoco podrá regatearle su aliento humano y humanizador y su cercanía, que le otorga una más fácil comprensión y a causa de ello tal vez una más acertada ubicación del hombre, posiblemente de cada hombre, en el cosmos, pues una filosofía

que a la postre nada diga a cada hombre, desde su precariedad y la limitación de su horizonte problemático, corre el riesgo de trocarse en huera disquisición de principios y relaciones que ahormen una rigurosa construcción, admirable en su secuencia pero inerte, objeto de fría investigación, pero en su exactitud incapaz de dar albergue a la duda de los hombres; de otra parte, si el pensar no puede acoger la palabra dubitativa que es la que lo origina, de qué sirve entonces el sistema filosófico. Este aspecto se agrava si de la filosofía se pasa a la teología. Nunca se calibrará lo suficiente el peligro que hay en tenerlo todo fallado de antemano.

Porque la gran especulación se mostraba incapaz ya de situar al hombre acuciado por su misma inaplazable existencia, es especialmente el siglo primero después de Cristo el que ve converger epicureísmo y estoicismo en ciertos aspectos vitales de aquel entonces. ¿Sería posible mantener una discusión tan viva con Aristóteles como la que se propone Séneca en este tratado, si el propio aristotelismo no hubiera ya experimentado el embate del epicureísmo? Queremos decir que estoicismo y epicureísmo, probablemente cada uno por su camino, participaban de cierta hostilidad contra una sistematización excesiva, que podía coartar hasta un punto la formulación de una filosofía que dentro aún de límites determinados reclamará una mayor independencia de los presupuestos para pensar al hombre y el mundo. Es cierto que esto no está consignado de manera tan rotunda en los textos contemporáneos, pero *in nuce* sí acontece lo que mucho tiempo después sucederá y hoy experimentamos como la más urgente tarea de nuestra hora. De otro lado, la

justificación del propio pensar, por ejemplo en Séneca, cobra cada vez más fuerza en el plano de la moral que se caracteriza por su nota de verificable. El comportamiento del individuo es la prueba irrefragable de sí mismo. Séneca gusta de pintar situaciones que no son tan anecdóticas como podría pensarse en primera instancia y que además de servir de contrabalanza a un excesivo protagonismo, en la discusión filosófica, del tipo, traen a la cotidianidad y a la experiencia inmediata la verdad de la que se trata. Pero aquí habrá de señalarse que el carácter irremplazable del comportamiento humano, del cual derivan siempre actuaciones que escapan en ocasiones de la propia voluntad del sujeto, puede modificar y cambiar las cosas. Cierto es que de aquí se desprende una polémica con cualquier visión fatalista de la existencia humana. Pero esto no parece ser reconocido por Séneca en toda su envergadura. Pero para nosotros lo importante es que despunta en estos momentos, y por tanto cualquier planteamiento de nuestra hora debe remitirse a aquella penumbra. El comportamiento de los hombres (de manera parecida a como la biografía de Tibulo hacía fidedignos de existencia para Ovidio los Campos Elíseos) puede también indicar un rumbo a la historia. Estamos ante el umbral de esta comprobación cardinal para la humanidad, aunque todavía no se divisen sus últimas consecuencias, pero pese a la distancia este pasado nuestro se nos perfila como el objeto de una mirada dirigida desde el agradecimiento por sus herederos.

Pero hay que decir a su vez que si la especulación en ella ensimismada, olvidada del hombre concreto, sacrificado en aras de un universal ilocalizable y fuera de lo hu-

mano, podía resultar huera, cierta insistencia ética puede entrañar un formalismo y un legalismo a ultranza que desembocaría igualmente en una catástrofe semejante a la que se quería evitar. Por ello este presupuesto debe aceptar la crítica si no desea convertirse en algo inexpressivo. Un desarrollo parcial de la moral de Séneca, cuando son ya otras las circunstancias, puede derivar hasta una meditación del todo ajena al innegable aliento del filósofo que atisba, pero todavía queda sujeto al dato de la tradición de la cual aún no ha cobrado cierta perspectiva. El hombre desde su precariedad, que por humana se hace en cada decisión, experimenta la contradicción. De ahí que el replanteamiento de nosotros mismos ante cada circunstancia marque un hito que nos constituye; cada decisión debe ser tomada responsablemente desde la singularidad que soy: en esto radica la originalidad de San Pablo frente a la disquisición antigua y una gran parte de la moderna.

Si el estoico de acuerdo con su ideal de naturaleza, su inevitable ecuación de microcosmos y macrocosmos, no tiene más remedio que identificar sabio y norma y su preocupación constante es la de comprobar su mutua adecuación, la célebre cuestión de «si es natural...», algún tiempo después, ya más maduras las cosas, un ensayista como Minucio Félix podrá plantearse desde las letras latinas, y con una relativa continuidad de pensamiento paulino sesgado, el carácter de mediación de la sabiduría, lo cual, además, revela la vitalidad del pensar romano dentro de sus posibilidades.

El estoico romano que hay en Séneca pretendía con la desesperación del corazón sufriente en la mano cumplir

la misión no siempre reconocida de recordarnos que las decisiones definitivas, las que hacen al hombre un ser humano, se toman y se aplican aquí. Que muchas veces guarde silencio o se muestre ambivalente respecto de la escasa libertad frente al destino o al ideal de naturaleza y sabiduría no debe desorientarnos acerca del alcance del giro que se está dando insensiblemente a la par que de su dificultad.

Recapitulando apuntes precedentes debemos indicar que Séneca puede ser la primera víctima de su mismo pensar, y si su conducta se falla tan sólo a la luz de la ética, como tantas veces se ha hecho, poniendo de relieve las contradicciones, meridianas desde luego, puede que no se emita un juicio baldío ni injusto acaso, pero desde luego del todo insuficiente, y por esto mismo inhumano. De la limitación de ayer surge la experiencia viva de hoy y así queda posibilitada para cada generación la peregrinación, como definitivo acto de libertad que se encuadra en la protagonización de la hora de su existencia, efímera pero única, en pos de la verdad y la aceptación de la común herencia de todos y cada uno de los hombres que fueron en la sombra, esperanzada de luces, de la larga tradición, de la que cada época es punto de encuentro y despedida. Porque, para decir la verdad, la insuficiencia de cualquier planteamiento apela en definitiva a la libertad y a la perfectibilidad, si es que ambas cosas no se constituyen en la única dimensión humana de la vida del hombre. Dicho de otra manera, nadie puede escabullirse de sí mismo en cada decisión, sea ésta acertada, legítima, errónea o culpable de culpa verdadera. Séneca vacila en la contradicción, hay o no hay providencia, hay o no hay

destino, pero a veces parece insinuarse que no todo comportamiento estaba fijado de antemano: al menos al hombre se le quiere entregar un cierto margen de manobra, y esto ya es mucho cuando desde otras orillas ese mismo hombre de aquel entonces se sabe dependiente de las fuerzas intermedias. Séneca nada sabe de una creación nueva ínsita en cada decisión nuestra que al ponerse en práctica la inaugura: todavía la inmovilidad tiene su peso específico, pero una nueva orientación, penosamente como todo lo que es valioso, se va abriendo paso en la zozobra del pensar.

Con todo esto queremos poner en primer plano que las limitaciones y contradicciones de estas filosofías (y de cualesquiera otras), encajonadas como su más excelente carta de presentación en el horizonte limitado de su contemporaneidad, no deben ofuscar nuestra inteligencia de ellas, sino hallar en medio de sus precariedades estos atisbos, estos presentimientos y estas visiones inacabadas que salen como a hurtadillas. De esta manera epicureísmo y estoicismo planteaban, dentro de las propias posibilidades de su interpretación y de sus lealtades doctrinales (más dogmáticas, parece, en el primero) el único humanismo posible propugnando un modelo ejemplar de comportamiento, perfectamente suscribible por todo hombre de bien de cualquier época, sin hacer ahora mención de la necesidad de apelar a una ley natural. Dentro, pues, de esta convergencia de hallazgos y de sombras, dependencias y tímidos despegues, creemos encontrar el rasgo distintivo del Séneca filósofo estoico romano y hombre de su hora, por tanto signo de veleidades y firmezas.